

*Mejor relato de autor de 14-16 años*

## *Soltar*

de Danerine Anthuanet Mendieta Vargas

—Llegó el momento de hacerlo —pensé.

Me despegué del mástil apoyándome en mis brazos. Me asomé a la baranda de la proa para ver el atardecer que se imponía. Las aguas estaban apaciguadas y formaban pequeños baches que hacían tambalear al barco. Lucían tan apagadas como el cielo, en donde las nubes anunciaban que pronto habría una tormenta.

Pero ni la más grande y recargada nube impidió el ingreso de un espacio pequeño en medio del océano iluminado por los rayos de sol. Estos caían en picada al agua formando una especie de circunferencia en el mar, haciendo que el panorama en general se sintiera como un momento excepcional.

Cuando miré hacia abajo, me topé con mi reflejo. Tenía algunos cabellos fuera de mi cola que tapaban mi frente y me hacían lucir desordenada, cosa que no me importaba lo más mínimo. Fue en donde reparé en lo que llevaba en mi muñeca y se dibujó una sonrisa lastimera en mi rostro. Con mi otra mano toqué la cuerda de cuero con la que se sujetaba la hebilla del reloj.

Tenía marcado los dobleces dándole la apariencia de que era más viejo de lo que parecía. El contacto con mi piel me hacía olvidar de lo que me rodeaba. Mis cachetes se alzaron con la línea curva que dibujaron mis labios, y mi vista se centró en las agujas del reloj. El horario marcaba el espacio entre las siete y las ocho, mientras que el minuterero lo hacía entre las dos y las tres, exactamente en el medio de ambos. Según

él, eran las siete y trece. Hice un esfuerzo mental creyendo que si veía con fuerza al segundero, avanzaría; pero no se movía de señalar la línea anterior al doce.

Con mi mano busqué en el bolsillo de mi chaqueta mi móvil para verificar la hora. Cuando lo prendí marcaban apenas las siete. También tenía trece llamadas perdidas de mi madre y Sam, pero no pensaba ni quería devolverlas. Sabía que mi madre debía tener los nervios de punta y que Sam estaba tratando de tranquilizarla mientras él mismo buscaba controlar su enojo causado por mi desobediencia.

Aparté la vista del objeto y volví a fijarme en el resto del mundo. Comprobé que el viento empezaba a correr con más fuerza que antes. Me dirigí a la cabina central donde encontré al dueño y capitán de la nave, mi abuelo.

Cuando llegué lo encontré revisando los cuadernos de navegación junto al radar mientras revisaba la dirección con la brújula. Levantó la vista hacia donde yo me había detenido a observar, y se incorporó hasta que su cabeza quedó apenas a un par de centímetros del techo del lugar.

—Ya es hora —dije firme.

—¿Verificaste la hora? —levantó sus cejas manteniendo el resto de su rostro inexpresivo.

Asentí. Se arrodilló debajo de la mesa de comandos para sacar un pequeño jarrón con grabados de dibujos geométricos en patrón. Ondas, rayas y puntos que se entrelazan dando vueltas desde la base hasta la boca del objeto, tapada con un corcho. Caminó hacia mí y me lo dio. Cuando el jarrón llegó a mis manos sentí como su peso me arrastraba contra el suelo, así que usé toda mi fuerza para contrarrestar el efecto de gravedad que ejercía en mí.

—¿No quieres que te ayude?

—Descuida, yo puedo hacerlo —rechacé su oferta.

—Está pesado —insistió.

—Está bien si me quieres acompañar, no necesitas una excusa.

Mi abuelo no se movió más allá de la puerta de la cabina, observando cómo llegaba hasta la popa del bote. Debía ser duro tener que enterrar a un hijo. En la mayoría son estos quienes entierran a sus padres. Fue cuando caí en la cuenta de que yo era parte de ese segundo grupo, pero no sentía que fuera correcto que un hijo tan joven enterrara a un padre. Nada de eso tenía sentido para mí.

Bajé el jarrón al suelo y con un sacacorcho intenté abrirlo, pero no lo conseguí. Revisé de nuevo la hora y ya eran las siete y nueve. Me quedaban solo cuatro minutos y nada de paciencia. No sé si fue la presión o el desahogo, pero la opción más acertada para mí fue tirar el bendito jarrón. Al fin había conseguido abrirlo, aunque con un arrepentimiento inmenso al ver toda esa tierra desparramada sobre el suelo.

Mis rodillas cayeron vencidas por la gravedad y la falta de estabilidad en mis piernas. Con mis manos intenté juntar todas las cenizas posibles en un montículo. Mis ojos lo humedecieron con lágrimas que empezaban a caer por mis mejillas. Mis manos formaron puños y empezaban a golpear el suelo, creyendo que podría así juntar los pedazos del jarrón, reconstruyéndose sin más. Pero las piezas seguían esparcidas en el piso. Entonces reparé en el tiempo. Ya debía ser el momento. Junté mis manos y recogí parte del montículo en ellas. Me pegué lo más que pude a la baranda y con la poca firmeza que tenía soplé las cenizas hacia el mar. Vi como caían entre las aguas y se

mezclaban en ellas. Volteé hacia la cabina del conductor y me topé con mi abuelo quien me miraba solemne.

Volví a asentir y él entendió la señal. Pasaron unos cuantos segundos y el barco se había puesto en marcha mientras yo seguía con mi labor. Volví a juntar otro conjunto de cenizas y las seguí soplando hacia las aguas. No sé de dónde saqué las fuerzas para hacerlo, pero cuando me volví y no vi más cenizas que recoger, me desplomé. Me senté en el suelo sobre mis piernas, sujetándome de la baranda mientras veía impotente cómo me alejaba de allí.

—Ya está hecho, papá.

Rogaba porque me escuchara en el cielo. Había cumplido su última voluntad como lo había deseado: ser del mar. Una parte de mí pensaba como mi madre y Sam. No tenía sentido que dejara los restos de mi padre en el mismo lugar donde habían perecido. Poniéndolo así, sonaba masoquista y demente. Pero mi otra parte coincidía con mi abuelo, debíamos cumplir su anhelo.

Después de todo, ese era su hogar. Había pasado más tiempo en alta mar que en tierra firme. Estudiando a las especies de fauna y flora más que a su propia familia. Lo irónico fue que el lugar que tanto amaba fue el que le quitó la vida.

El resto de nosotros no supimos de él hasta que tras un mes de angustias mi madre recibió una llamada de la guardia pesquera, comunicándole que habían recibido un cuerpo. Ni Sam ni yo quisimos quedarnos en casa a esperar a que ella regresara de la morgue, así que la acompañamos. Resultó que era él, mi padre. El médico que había realizado la autopsia había guardado las pertenencias de mi padre que habían perecido con él. Además de sus prendas hongueadas por el agua, estaba su reloj de muñeca. No funcionaba pero marcaba claramente la hora en que su alma se había separado del

cuerpo. Desde ese momento la noción de tiempo fue algo extraña para mí. Las indagaciones, el velorio y la cremación pasaron como un rayo en mis ojos.

Tanto Sam como mi madre se rehusaron a verter las cenizas en el mar. Pero mi terquedad pudo más. Con ayuda de mi abuelo, emprendimos la misión que acabábamos de contemplar.

La sensación era indescriptible. Por un lado estaba alegre por honrar a mi padre. Por otro sentía como una parte de mí, además de las cenizas, se internaba en lo más profundo de las aguas del océano, para no volver jamás. Sentía impotencia por no poder hacer nada más que esparcir sus restos.

Empezó a lloviznar, pero no me importó mojarme. Después de unos minutos pasó a ser una fuerte lluvia. Siempre me había preguntado por qué en los momentos donde uno se sentía de lo peor, el cielo enviaba ese montón de gotas a tierra. Era muy cliché, pero lo estaba viviendo en ese preciso momento, y la verdad prefería esa lluvia a un atardecer melancólico. Sin importar lo que preferiría, allí estaba yo, presenciando cómo lo último de mi padre terminaba en el lugar donde siempre había soñado estar, en el mar.